

á todos los medios imaginables, en la creencia de que se le podría dar vida desde arriba, pero despues de enredarse en complicados proyectos y de gastar mucho dinero, hubo de convenirse en que el desenvolvimiento del trabajo solo podía partir de la iniciativa de los mismos trabajadores y en que el capital debía por sí mismo encontrar el camino para aumentar la producción. El establecimiento de fábricas del Estado en Linz, Brünn y Olmutz hizo verdaderamente fiasco. Mejores resultados produjeron las fábricas de paños y de cristal que algunos previsores fundaron en Moravia y en Bohemia, tomando ejemplo de las inglesas. Durante el período de 1780 á 1786 el número de fábricas de Bohemia creció de 50 á 112: desde 1785 á 1788 funcionaron 14,497 telares que daban trabajo á 126,962 obreros, y la industria de hilados producía al país una renta de 11 millones de florines. En Viena había algunos centenares de telares de seda; fabricábanse terciopelos, gros de Tours, tejidos de media seda y de seda entera, paños y géneros de algodón. Los instaladores de estas industrias eran, en su mayor parte, emigrados de Alemania. El comercio de vinos, tejidos de hilo, hierro, acero, cobre, cueros y porcelanas se hacía por Trieste con Italia, España, Portugal, territorios del Danubio y Turquía. La supresión de las trabas aduaneras, y las mejoras introducidas en el catastro por José II ejercieron benéfico influjo. Las industrias sanas, tales como las ya mencionadas de las provincias del Norte y las herrerías de Estiria y Carintia, pudieron sostener la competencia promovida por la libertad de comercio introducida por Leopoldo. Del bienestar de que gozaban los labradores en muchas comarcas nos dan testimonio las manifestaciones contenidas en las «Cartas de un viajero francés (1)» «Apenas se penetra en tierra austriaca, se siente que un espíritu de gobierno muy distinto anima el país. Las habitaciones de los campesinos, sus trajes, los rasgos de su fisonomía, el cultivo de sus tierras, todo les hace superiores á los bávaros. Yo he visto algunos labradores ir al mercado en calesas tiradas por un caballo muy parecidas á las que usan los ricos arrendatarios ingleses y los campesinos del Norte de Holanda. Su semblante, sus buenos caballos, sus utensilios anuncian un bienestar que no desmienten sus largas, oscuras y limpias túnicas de lana, ni sus pesados zapatos, ni sus grandes sombreros que llevan inclinados á un lado. Por todas partes se descubren huellas de este bienestar; y si los labradores mendigan á pretexto de novios ó novias es mas por costumbre que por necesidad.» También notaban desde luego los extranjeros la misma prosperidad en la Estiria. Las rentas del Estado se estimaban en 82 millones de florines imperiales, de los cuales 18 eran procedentes de Hungría y de Transilvania: los intereses de la deuda del Estado se calculaban por Schlözer en 15 millones.

Hungría, que apenas estaba entonces en relaciones con la Europa civilizada, llamaba cada día mas la atención por la abundancia y bondad de sus productos, cuyo consumo ofrecía grandes dificultades, pues no había otras vías de comunicación sino las que ofrecían el Danubio y sus afluentes. Recorriendo el país, se caminaba, como acontece hoy en las comarcas apartadas de los ferro-carriles, por un suelo cubierto de fértiles campos que, en considerable extensión, se transformaban en estepas. Los cereales tenían escaso valor: por esto muchos terrenos quedaban incultos, mientras en otros muchos se cultivaban el tabaco, el azafrán y otras plantas objeto de comercio, los árboles frutales y los viñedos. Las excelentes cualidades del vino pronto fueron conocidas y divulgadas; pero se exportaba poco, pues las duras condi-

(1) *Cartas de un viajero francés por Alemania. A su hermano, en París.* Traducidas al alemán por Carlos Risbek, 2 tomos, 1784.

ciones que para el transporte ofrecían los territorios austriacos hereditarios casi impedían la exportación. De la industria, apenas había en Hungría los primeros gérmenes, teniendo que importar del extranjero cuanto necesitaba en paños, sedería, géneros de hilo y de algodón, cristalería y objetos de capricho y de lujo, de suerte que solo el azúcar y el café le costaban 2 millones y medio de florines. En cambio vendía Hungría por valor de 5 millones y medio en ganado, de 4 millones en cereales y heno, de 3 millones en vino y de medio millón en tabaco y seda. La nobleza que, juntamente con el clero, poseía casi la totalidad de los terrenos, se había entregado, desde el tiempo de Carlos VI, á la vida de la corte que hasta entonces le había sido desconocida; había admitido las costumbres alemanas y francesas; se casaba preferentemente con jóvenes de la nobleza alemana y sostenía un lujo immoderado. En cambio la situación del pueblo bajo era miserable y digna de lástima.

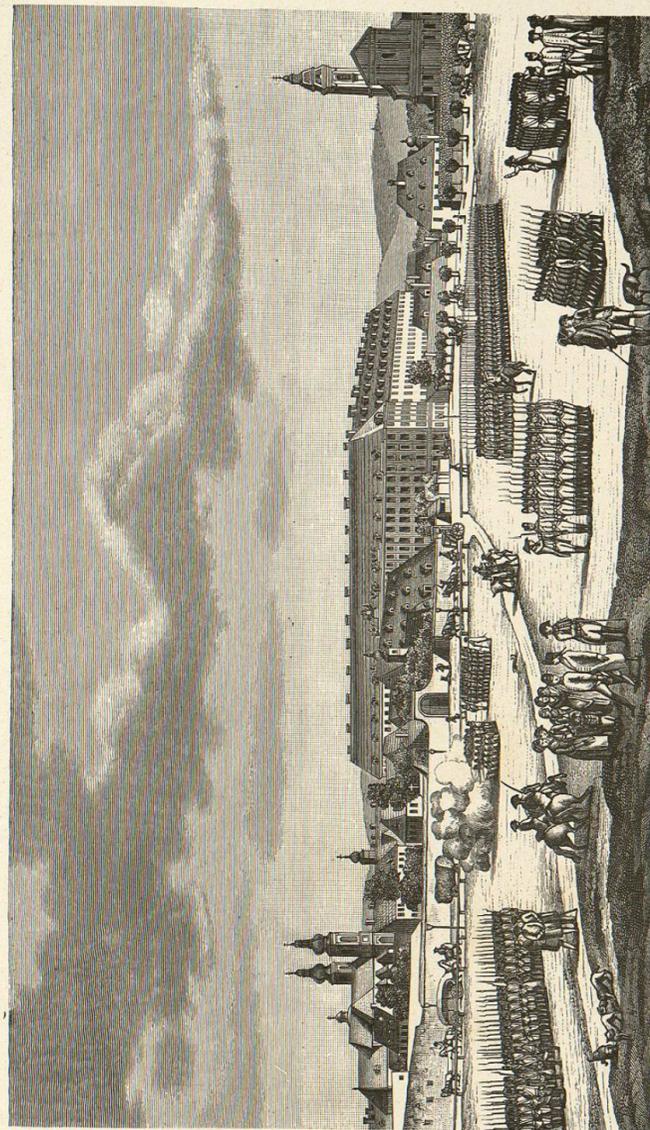
La literatura de la época culta estuvo representada en Austria por algunos talentos y especialidades que no produjeron, sin embargo, nada de importancia. La musa de Wieland tuvo un imitador notable en Juan Bautista Alxinger (que nació en Viena en 24 de enero de 1755 y falleció en la propia ciudad en 1.º de mayo de 1797). Los poemas épicos «Dooling de Maguncia» (1787) y «Bliomberis» (1791) se distinguen por la pureza y armonía del lenguaje y por su cuidadosa versificación.

Blumaner se adquirió también fama universal como poeta y bibliógrafo; en colaboración con F. Ratschky publicó, desde 1781 á 1792, el «Almanaque de las Musas de Viena» fundado por Ratschky en 1777, en el cual se dieron á conocer un gran número de poetas aficionados junto á los pocos de fama que existían en Austria. Entre los colaboradores del Almanaque de las Musas (2), pueden ser mencionados, además de los directores, Alxinger, Denis, Gocking, Carolina de Greiner, que fué despues esposa de Pichler, Lorenzo Haschka, Juan de Kalchberg, Teófilo Leon, Mastalier, M. Prandstetter, L. de Retzer y José de Sonnenfels, cuya especialidad eran los epigramas. El Teatro nacional, fundado y dotado espléndidamente por José II y que podía competir ventajosamente con el de París, ejerció grande influencia en el desarrollo de la nueva generación, donde había germinado la semilla poética. Actores como Stephanie el mayor, Brockmann, Schröder, Bergopzomer y Miller, actrices de la fama de Madama Sakko —para la cual estaban abiertas todas las puertas de la sociedad de Viena y hasta las de las habitaciones de la emperatriz— Naneta Jacquet, Madama Lange y otras fundaron la gran fama del Teatro imperial, el cual contribuyó en mucho á realzar el arte dramático y la consideración de los actores en Alemania.

También en las provincias tenían á veces sus buenos teatros las corporaciones de los Estados que en ellas existían, las cuales se esforzaban por ofrecer á las familias de las capitales agradable entretenimiento gastando considerables sumas en la construcción de edificios adecuados y en la adquisición de decoraciones y adornos.

Si del Austria puede decirse que no tomó en el desenvolvimiento de la literatura del siglo XVIII mas que una parte muy limitada, en cambio la música floreció allí de un modo sorprendente, siendo Viena la cuna de un movimiento artístico que casi por espacio de un siglo imprimió dirección y sello á la nación alemana. El talento sentimental de los austro-alemanes y su situación especial entre el Sur de Italia y el Norte alemán puro, dieron lugar y fundamento á esta creación. La

(2) El índice se encuentra en la obra de Schlossar, *Cuadros de cultura y de literatura austriacos*. Viena, 1879.



Vista del glacis de Viena tomada desde el Alservorstadt

música alemana se desarrolló en toda su extensión y en todo su valor primero en el corazón de Alemania; allí donde algunos siglos antes el canto amoroso había tomado esplendente vuelo, al pie del Wartburg creó el turingio Juan Sebastian Bach la primera obra artística completa de carácter puramente alemán. Su gravedad y la severidad de su estilo, es decir, la tendencia religiosa predominante impidió que la nación en su conjunto comprendiera toda la importancia de aquella música. Los representantes sociales del arte, la corte y las clases elevadas, que habían perdido casi por completo la noción del espíritu de su pueblo, se deleitaban entonces exclusivamente con la música italiana. La música de Bach no podía romper en ellos, especialmente en la parte católica, los lazos de una producción extranjera casi enervante; entre él y el gusto de los sibaríticos y barrocos salones no había unión posible. Pero Mozart, el hijo del sol, pudo destruir y anular la soberanía extranjera. A Mozart, sediento de tranquilidad y de placeres ligeros, impresionable en grado sumo, que dominaba casi como cosa de juego las más difíciles tareas, ¿dónde podemos verle rodeado de los elementos propios de su naturaleza, dónde podemos ver apoyado su desenvolvimiento natural más que en la alegre e ingenua Viena o en la Praga alemana del siglo XVIII? En Austria es donde la música llegó a ser de nuevo el arte predilecto de los alemanes; Mozart y Haydn conocieron el camino que llevaba al corazón del pueblo; la generación tan completamente mundanal, necesitaba aquel arte mundano que unía la solidez, la ternura y el sentimiento verdadero de los alemanes con la forma alegre y la fascinadora melodía de los italianos. El arte alemán llegó a su mayor altura cuando el alma de los alemanes, libre de la dominación extranjera, comenzó la lucha con sus vecinos italianos, siendo de ello la mejor prueba el período clásico de la música alemana. Los austro-alemanes tenían las mejores disposiciones para entusiasmarse con la música italiana, para perfeccionar y transformar las formas extranjeras, para combinar bellas creaciones armónicas, y al propio tiempo estaban dotados de los sentimientos necesarios para gozar con este arte. Mozart, como es sabido, fue desde muy niño favorito de la corte de la gran emperatriz y una vez que María Antonieta le levantó del suelo, por haberse caído, le prometió casarse con ella. Cuando en 1781 se presentó por segunda vez en Viena, siendo ya un músico de reputación universal, encontró allí una extremada afición a la música; una excelente compañía de ópera dirigida por Salieri de la cual formaban parte Adamberger, Fischer, la Bernasconi y Eloisa Weber, y una multitud de círculos musicales organizados por la nobleza y la alta burocracia, tales como los de la condesa Thun, discípula de Mozart, de los príncipes Kaunitz y Lichnowsky, de los consejeros áulicos Born y Keess, de van Swieten, y del célebre botánico Jacquin, círculos que Mozart frecuentó con intimidad. En Viena vivían también el gran regenerador de la ópera W. de Gluck y José Haydn que nació en 31 de marzo de 1732 en Rohran, Baja Austria; que fue hasta 1790 maestro de capilla del príncipe Esterhazy y a quien Europa entera conoce y admira por sus composiciones instrumentales. El emperador José fue protector de Mozart, a pesar de que no supo apreciar por completo su música. Conocidas son las palabras que el emperador pronunció después de la primera representación del *Rapto del Serrallo* (12 de julio de 1782): «Demasiado bello para nuestros oídos y demasiadas notas, querido Mozart,» a las cuales contestó éste en seguida: «Precisamente tantas notas como son necesarias, señor.» La economía de José que no consideraba como verdaderamente productivos los gastos que ocasionaban las artes, fue causa de que Mozart no pudiera verse a cubierto de las necesidades

diarias de la vida y de que perdiera prematuramente sus fuerzas físicas. Las intrigas de los extranjeros y de los mismos alemanes contribuyeron a hacerle más difícil el crearse una existencia tranquila. Leopoldo fue poco bondadoso para con Mozart; no hizo caso de la petición que le dirigió para ser segundo maestro de capilla, y no le confió la educación musical de sus hijos. Durante los festejos que se celebraron en setiembre de 1790 para obsequiar a los reyes de Nápoles se representaron la *Cafetiera bizarra* de Weigel y el *Axur* de Salieri y no se cantaron ni el *Figaro* ni el *Don Juan* de Mozart. No se sabe qué motivos indujeron a éste a tomar parte por su cuenta en el viaje regio a Francfort.

Después de la muerte de Mozart (5 de diciembre de 1791) el emperador se mostró por vez primera magnánimo, consignando una cantidad importante para pagar las deudas del difunto y concediendo a la viuda una pensión que la ponía a salvo de la miseria. A pesar de que Mozart no estuvo muy favorecido por la suerte en Viena, nada pudo inducirle a abandonar esta capital. Había estado a punto de aceptar las proposiciones que le hacían en Berlín, pero estas solas palabras de José «¿queréis abandonarme?» bastaron para hacerle desistir de su proyecto. Muy feliz se sintió en Praga, en donde se representó por vez primera el *Don Juan*, ópera que fue recibida con agrado y entusiasmo. Muerto Mozart, la vida musical de Viena tocó pronto a su término por consecuencia del período de guerra en que se entró. Haydn entonces había abandonado a Viena para trasladarse a Londres, donde sus creaciones adquirieron la mayor fama. Dittersdorf (1739-1799), cuya ópera *Doctor y boticario* tuvo gran éxito en Viena en 1786 como ópera cómica-popular, murió bastante olvidado y lejos de su patria. Cuando Beethoven, establecido en 1792 en Viena, llegó a ser el centro de un círculo de aficionados a la música, se desarrollaron los elementos para un nuevo y brillante período musical. La orquesta y el cuarteto habían alcanzado en Viena un alto grado de perfección. Nicolai ensalza la ejecución de las sinfonías de Haydn y especialmente el uso de los arcos cortos para los instrumentos de cuerda y confiesa que en Berlín no se había llegado a tanta altura: encuentra la orquesta del Teatro de la Ciudad casi mejor que la de la Ópera, que entonces, como ochenta años después, se llamaba el Teatro de la Puerta Carintia. Viena tenía, incluyendo los arrabales, 5,378 edificios y 254,261 habitantes, cuando Londres contaba ya 900,000, París 700,000 y Berlín 140,000 (1). La mortalidad era grande en Viena: desde 1770 hasta 1782 morían anualmente de 9,000 a 12,000 personas, siendo las enfermedades que más contingente daban al sepulcro las viruelas (que solo en 1767 ocasionaron 1,046 defunciones) y las apoplejías. La limpieza de la ciudad, que en tiempo de Leopoldo I dejaba bastante que desear, había sido objeto de asiduos cuidados durante los reinados de María Teresa y de José II. Como los muchos extranjeros que en Viena residían llevaban los trajes nacionales, la multitud que se apiñaba en las angostas calles de la ciudad ofrecía un aspecto muy pintoresco; la confusión de idiomas reinaba también allí ocasionando una confusión que apenas podía aclararse con el latín y el alemán. Contábase en Viena unos 3,000 coches particulares, 600 de alquiler numerados, 300 de alquiler comunes y sillas de particulares, que se encontraban en bastante buen uso y que en comodidad y elegancia aventajaban a los vehículos de París. Las cuadras de la ciudad contenían 22,000 caballos, de los cuales los había que valían 4,000 y 5,000 florí-

(1) Para estos y los siguientes datos utilicé el excelente *Bosquejo de Viena, 1786*, dos cuadernos, y la obra de Nicolai, *Descripción de un viaje por Alemania y Suiza en 1781*, Berlín y Stettin, 1784, tomos 3, 4 y 5.

nes, y el estómago de Viena devoraba una gran cantidad de otros productos; así es que en 1783 se contaban en esta capital 40,000 bueyes, 63,000 terneras, 35,000 carneros, 170,000 corderos, 80,000 cerdos, 723,000 modios de harina de trigo, 972,000 modios de harina de maíz, 1.263,000 haces de paja, 20,000 carretadas de heno, 300,000 brazas de leña, 500,000 cántaras de vino y 4 millones y 1/2 de cántaras de cerveza (1). La nobleza alemana era muy numerosa en Viena, y también muchos magnates húngaros tenían su domicilio fijo en aquella capital. Entre las principales familias, figuraban los Auersberg, Batthiany, Colloredo, Czartorisky, Dietrichstein, Esterhazy, Grassalkowitz, Kaunitz, Khevenhiller, Kinsky, Klary, Lichtenstein, Ligne, Lobkowitz, Paar, Palm, Schwarzenberg y Starhemberg. De estas familias algunas tenían una renta anual de 200,000 florines y las de los Lichtenstein, Dietrichstein, Esterhazy, Schwarzenberg y Lobkowitz contaban con una renta de 300 á 600,000 florines anuales. Al lado de las distintas categorías de la antigua nobleza había especuladores recientemente ennoblecidos, á quienes la guerra del tiempo de María Teresa había dado ocasión de ganar grandes caudales y adquirir títulos. A pesar de sus cuantiosas riquezas, las grandes familias nobles, especialmente las húngaras, estaban agobiadas de deudas; los caballos y la servidumbre les costaban sumas enormes, pues había cuadras particulares en Viena que contenían 50, 60 y más caballos. Las familias de regular posición sostenían intendente, secretario, dos ayudas de cámara, dos correos, uno ó dos monteros, dos cocineros, cinco ó seis lacayos y un portero. Un adorno de señora que costara de 30 á 40,000 florines era una cosa ordinaria y en el juego perdían los hombres hasta 15 y 20,000 florines en una sesión. Decíase en tono de proverbio: «en París se gasta el dinero con más gusto, pero los vieneses resisten más.» La burguesía vienesa era también dada á la comodidad y á los placeres: «El hombre vulgar, decíase en el *Bosquejo*, gusta de los festines, de la danza, de los espectáculos, de las diversiones. En los días de fiesta se pasea por el Prater y el Augarten, visita los parques, presencia los fuegos artificiales, va en carruaje con su familia y se sienta siempre ante una mesa bien provista. Como en Viena todo está barato, hasta las habitaciones y la leña, el industrial no carece de compradores, y como el hombre vulgar rara vez hace bancarota, y al contrario suele estar bien acomodado, no destina generalmente á sus placeres más de lo que sus recursos le permiten.» La animación que se notaba en las estrechas calles de la ciudad y especialmente los muchos carruajes hábilmente conducidos, sorprendían á los extranjeros. La habilidad de guiar, por todos reconocida, se debía á que no solo las familias aristocráticas, sino también muchos burgueses daban casi diariamente un paseo en coche.

Hacíase entonces también mucho la vida de café: en el *Graben* y en el mercado de legumbres había muchos cafés adornados de espejos, tapices, cuadros, etc., que eran muy frecuentados todo el día. Las salas de baile de los arrabales ofrecían también durante el verano ocasión de continuar las diversiones y en el Augarten había, igualmente en el verano, bailes para las clases elevadas de la sociedad. Al mercado de legumbres se iba por la tarde y hasta media noche; se tomaban helados y se conversaba con las damas que estaban sen-

(1) El cálculo de Nicolai de que de los 7 y 112 millones de cántaras de cerveza que se fabricaban en 1780 en la Baja Austria, solo 300,000 correspondían á Viena, está equivocado.

tadas en largas filas de sillas. Entre las diversiones populares figuraban las colecciones de fieras, donde no solo los osos bailaban y los monos representaban comedias, sino que desgraciadamente había también crueles luchas entre toros y perros, cerdos y lobos cuyo sangriento fin era acogido con entusiasmo por un público compuesto de personas de todas categorías. Aun cuando Nicolai exagera un poco hablando de las cosas de Viena, bien puede participarse de la indignación que tales atrocidades le producían. La hospitalidad de los vieneses era extraordinaria y llegaba á un extremo tal, que las fondas, de las cuales tan tristes descripciones se han hecho, no podían prosperar. La sátira y el epigrama estaban hace cien años en el mismo auge que actualmente, y la libertad de lenguaje que allí imperaba sorprendía á los extranjeros. En las muchas tabernas, cervecerías y cafés (estos últimos eran en número de cincuenta) se hablaba sin reparo de religión y de política, y el emperador José permitía que públicamente se criticaran sus propios actos, sin que durante su reinado se reprendiera á nadie por sus manifestaciones. Esto no obstante, encargaba á la policía que le enterase de cuanto se hiciera y dijera, y mantenía además un ejército de agentes secretos que estaban á sueldo suyo. «Este gusano, decía un escritor hablando de la policía secreta, se extiende por todas las sociedades y corrompe todos los círculos que no son objeto de especiales cuidados, sentando con preferencia sus reales en las tabernas, en los cafés, en las casas de comida, en los jardines, en los paseos y en todos los puntos de diversion. Preséntase bajo todas las formas: unas veces es tabernero, otras vendedor del mercado, otras tiene un dicasterio, ora es criado de un mercader, ora pensionista, ora camarero, ora secretario; ya se ofrece bajo el aspecto de un doctor, ya escribe, como abogado, actas y memoriales, visita las casas en forma de fraile, acosa bajo la capa de abate á las mujeres galantes y se transforma de repente en conde ó baron.» En tiempo de la Revolución francesa estas «moscas» estuvieron más ocupadas que en tiempo de José, pues entonces se prohibieron las discusiones políticas, que habían tomado un vuelo prodigioso, en los sitios públicos, y los posaderos eran responsables de cuanto se hablaba en las habitaciones de sus establecimientos. A pesar de su afición á discutir y hablar de política, eran los vieneses bajo este último punto de vista sumamente cándidos.

Su bondad proverbial, debida en gran parte á la apatía y á la comodidad, hacía que los vieneses, como todos, soportaran con calma y resignación los golpes de la suerte á que se veía sujeto su Estado; raras veces se indignaban y en todo caso la indignación les duraba poco. Soportaban con admirable perseverancia las cargas de la guerra, que á la muerte de Leopoldo llevó tres veces en diez años al enemigo al corazón del imperio, y si bien esto les quitó gran parte de su buen humor, nunca se dejaron llevar de la ira y su descontento no tomó un carácter peligroso. No se entusiasmaron, ni sentían cólera ni odiaban al opresor. Solo en las comarcas alpinas relampagueaba de cuando en cuando la pasión popular que se manifestaba por algunas bárbaras venganzas, tomadas por los labradores del interior de Austria. En suma, el pueblo austriaco no se entusiasmó en tiempo de la Revolución francesa y el incremento que tomó la guerra de liberación en las comarcas del Norte de Alemania apenas se sintió en Austria como un débil eco, y la época de oro del Congreso, cuyas maravillas recuerdan aun con entusiasmo nuestros padres, la pasó el pueblo en medio de la antigua indiferencia.

FIN DE EL AUSTRIA

## CATALINA SEGUNDA

POR EL DR. ALEJANDRO BRÜCKNER

PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DE DORPAT

### INTRODUCCION

Rusia desde 1725 á 1762.—Influencia francesa.—Cuestiones de sucesion al trono.—Pedro de Holstein

Durante la época de Pedro el Grande, la Rusia, que antes había permanecido extraña al mundo de Occidente y que por espacio de luengos años había sido considerada como una provincia del Asia, entró á formar parte de la gran familia de los pueblos europeos occidentales, conquistándose la consideración de gran potencia. Si este cambio se verificó relativamente con rapidez y buen éxito, debióse al genio, á la actividad del Czar que era reconocido como el más ilustrado entre todos los que se habían sentado en el trono moscovita y aun entre todos sus súbditos, lo cual era precisamente lo que á la nación rusa convenía. En él había encontrado su más genuino representante la idea de aproximar el Estado asiático al Occidente, idea que concibió con gran profundidad de espíritu y que llevó á cabo con toda la energía de una voluntad de hierro. Raros son los hombres que, como Pedro, nos ofrecen esa unión de una penetración segura en lo que es necesario con una fuerza tan expansiva de carácter. Disponiendo como disponía de poderosos medios de fuerza capaces por sí solos de llevar el peso de la responsabilidad de las radicales reformas en el Estado ruso introducidas, dió á su gobierno el sello de la dictadura. Sus súbditos por el pronto experimentaron más la carga que las ventajas de aquel estado, en cierto modo de transición. La ilimitada presión de la despótica voluntad de Pedro y las formas duras y rudas de su proceder, influyeron para que se apreciase poco el bienestar que el pueblo ruso tenía que agradecer á su soberano. En el mismo Occidente, más fácilmente debía apreciarse la importancia de la gran potencia rusa recientemente creada que medirse el valor y la trascendencia del hecho histórico llevado á cabo por el genio de aquel príncipe.

El ingreso de Rusia en el sistema de los Estados europeo, fué considerado en Occidente en tiempo de Pedro más como una carga que como una ganancia. Los enemigos de Rusia eran muchos y poderosos; y como se deseaba que el neófito en la vida de los Estados cayera de la altura en que se había colocado y volviera á su insignificancia, tendíase á considerar como posible ó probable que Rusia volviera al estado de reino asiático. La suposición de que el cetro de aquel preclaro déspota, á manera de varita mágica de efecto instantáneo, había dado vida á la indolente masa del Estado y del pueblo orientales, comunicándole una fuerte existencia política, y de que la virtud galvánica de tal varita cesaría con la muerte del Czar, hubo de mostrarse muy pronto como destituida de todo fundamento. Necesitándose la prueba de

que la suerte de la humanidad no dependía de la vida ni de la muerte de ninguna persona, el período que siguió al reinado de Pedro demostró evidentemente lo perdurable de los resultados conseguidos no solo por los esfuerzos de una voluntad aislada, sino en la senda del desenvolvimiento histórico. Pedro, al emprender las reformas que tendían á establecer la mancomunidad de la Rusia con la Europa occidental, se hizo cargo de que empuñaba el timón de una nave. Conocedor del rumbo que debía seguir, abrióse paso al través de las tempestades y de los peligros. Podía abrigarse la duda de si al sucesor de tan experto piloto le sería dado perseverar en aquella senda, violenta y rápidamente progresiva; pero en vano se esperó que la nave del Estado ruso se perdiera, falta de brújula, en la ruta durante tanto tiempo seguida, ó que volviera atrás ó encallara, ó fuese completamente á pique.

Las décadas que siguieron á la dominación de Pedro el Grande no fueron una época de reacción, sino un período de descanso. La pérdida de un personaje de tanta importancia dejó un gran vacío: tanta inteligencia y tanta energía no eran fáciles de reemplazar. La solución del difícil problema que el gran maestro había planteado, al elevar su Estado á la categoría de gran potencia, parecía ser muy superior á las fuerzas de sus epígonos. La falta de instituciones políticas que, prescindiendo de la edad, raza y capacidad de los gobernantes, pudieran ser garantía de saludable progreso, era una constante amenaza de desgracias; no había una ley que regulara la sucesión al trono, ni una disposición que se refiriera á la regencia de que pudiera haber necesidad. En cada caso particular, se resolvía por las influencias del momento la cuestión de si el soberano debía ser Czar ó Czarina. Durante media generación después de la muerte de Pedro, se vieron varias veces las riendas del gobierno rodar por el suelo, y aquel que las empuñaba con más fuerte mano, conseguía ocupar, aunque no de un modo permanente, el primer puesto del Estado. En pocos años sucedieron una multitud de gobiernos: los príncipes y las princesas lo fueron de nombre, y á su lado tenían un visir que no conocía más responsabilidad ministerial que el collar de seda por un lado y por otro la justicia de Lynch de la revolución en el Estado. Durante el gobierno de Catalina I, Menschikof fué el único soberano; mientras el cetro estuvo en manos de Pedro II, Osterman fué, con razón, designado como el verdadero Czar; y Biron gobernó como absoluto en tiempo de la Czarina Ana. En la lucha por el poder, en la